

Prédalgonde, confiando en que comprendería mi delicadeza. Me acordaba de que todos hemos estado en relaciones amistosas con usted, y respetaba su seudónimo por consideración á mi misma. Pero, puesto que usted me obliga á ello, procederé de otro modo. Salga usted de aquí, señor Brémont, ó llamo á mis criados para que le echen fuera.

Él se dirigió hacia la puerta y allí se detuvo:

— No tratándome mal, obra usted prudentemente. Ahora que no tengo nada que perder, cuídese usted.

— Cuidese usted mismo. Dentro de un cuarto de hora el señor Hiénard sabrá lo que acaba de ocurrir aquí, y, si no sale usted de París en el término de dos días, ya verá usted lo que le sucede.

— No me sucederá absolutamente nada. El temor que tiene usted al escándalo, me salva.

Ella soltó una carcajada estridente:

— ¡Ah, ah, eso está bien! Un maestro cantor, un falsario y un petardista; ¡eso es el Rey de París!

Apoyó un timbre y añadió dirigiéndose al ayuda de cámara que se presentó:

— Acompañe usted al señor.

## XII

Desde el día en que el conde de San-Vicente fué seguido por Amoretti hasta el hotel de la avenida de Antin, Prédalgonde no había vuelto á verle, y en la grave situación en que se hallaba necesitaba concertarse con él. Sabía perfectamente de todo lo que era capaz aquel terrible personaje, para que no le emplease en la defensa común; porque, la caída de él, era la ruina de aquella asociación encumbrada á una tan alta y brillante prosperidad por la audacia de ambos.

Tenían convenido que nunca Roger buscase á San-Vicente; siempre era el tío quien iba á ver al otro. Había en las numerosas personalidades con que se disfrazaba la verdadera identidad del misterioso consejero de Prédalgonde, una imposibilidad absoluta de relacionarse con el Rey de París. El brillante Roger no debía conocer á Rascol, ni á Brunel, ni al padre Puisse, ni á Panpan, ni al señor Fillette, ni á otros tal vez, porque, ¿cómo saber exactamente dónde estaba el hombre íntimo que desempeñaba tantos papeles con igual perfección?

Sin embargo, era preciso que los dos asociados se

viesen inmediatamente, y á riesgo de ser sorprendido en flagrante delito de relaciones con un usurero de ruin estofa, Prédalgonde se dirigía hacia la calle Teresa, en donde generalmente á aquellas horas estaba el padre Puisse arreglando las cuentas del día. Roger dejó su coche en la calle de Richelieu, delante de la fuente Molière, y llegó á pie hasta el número 7.

Una casa negra, con un patio al cual se entraba por una puerta cochera. En el piso bajo había un embalador que claveteaba sus tablas con un ruido ensordecedor, haciendo vibrar como un trueno de tramoya, las láminas de cinc con que reforzaba los cajones para América. Pasado el patio se encontraba una escalera sucia, húmeda y hedionda. En las mesetas se veían rótulos indicando el comercio que había en cada departamento. En el primer piso: Raynouard, Estuchista; en el segundo: Faltin, Cepillos al por mayor y esteras; en el tercero: Benjamín Puisse: Ventas, compras, cambios.

Roger llamó. Oyéronse unas pisadas lentas y apareció un viejo que el visitante no había visto nunca: frente deprimida, orlada de cabellos grises, cubierta con una gorrilla grasienta de terciopelo, nariz respingada y barba de sacrificador, y una mirada que se deslizaba oblicuamente entre unos párpados ribeteados de rojo: aquel individuo abrió la puerta y preguntó con un marcado acento alemán:

— ¿Qué quiere usted?

— El señor Puisse, — dijo Roger algo desconcertado.

— Soy yo, — repuso el viejo semita. Entre usted, caballero.

Condujo al marqués por unas habitaciones atestadas de mercancías, de paquetes, de objetos de todas clases, desde cuadros hasta cajas de cuchillos de postre, y empujando una puerta que daba sobre un enrejado tras el cual un empleado escribía en un libro de comercio, penetró en un gabinete perfectamente cerrado, bien amueblado y alumbrado por una lámpara. Después, una vez cerrada la puerta, se volvió hacia el joven, con la fisonomía modificada, la voz cambiada, la estatura más alta, y dijo:

— ¿Qué ocurre para que vengas á buscarme hasta aquí?

Prédalgonde hizo un gesto de sorpresa:

— Verdaderamente, es usted prodigioso. Oigo su voz, veo sus ojos, pero no acabo de reconocerle aún.

— ¡ Bueno, bueno! — dijo el padre Puisse tranquilamente; — ya te enseñaría algo más si no tuviésemos otra cosa que hacer. Pero habla; debe de haber habido pendencia.

— Sí la hay. La señorita Luciana Maréchal acaba de despedirme en los términos más insultantes. No puedo menos de comprender que ha recibido informes graves acerca de mí, y que parece estar decidida á perderme.

— ¡ Psch! — hizo el usurero sonriendo con aire

irónico; — ¡ mire usted qué cosa! ¿ Entonces estaba llevándote á la escuela al hacerte creer que podías gustarla? Yo desconfiaba, ya lo sabes, y te lo dije; pero te habías aferrado á esa empresa como un loco, y no querías oír á nadie. ¡ La vieja Diernstein sí que era un buen negocio! Has dejado la presa por la sombra, y tropezado con gentes muy fuertes. Pero ya les retraparemos. Explicame lo que ha sucedido.

— ¿ No hay peligro de que nos oigan ?

— No temas nada. Mi ayudante es sordo; siempre me sirvo de gente así.

— ¡ Pues bien! esa condenada muchacha ha representado una comedia para separarme de la duquesa y obligarme á romper con ella, para siempre. Y cuando quemé mis barcos y fui á reclamarla el cumplimiento de sus promesas, se rió en mis barbas.

— ¿ Y sabe quién eres tú ?

— Lo sabe.

— ¿ Hasta qué punto ?

— Hasta el juego, inclusive.

— ¿ Nada más ?

— ¿ Es poco ?

— Podía ser más. ¿ Quién nos ha traicionado ?

— ¡ Oh! el senador habrá pedido una pesquisa á la Prefectura, y como Amoretti te iba á los alcances...

El padre Poisse tuvo una sonrisa siniestra.

— Ése no nos molestará más, y si ha hablado hizo bien en darse prisa, porque á estas horas...

— ¿ Qué? — preguntó Prédalgonde estremeciéndose.

— No se cómo se las ha arreglado, pero anoche, al atravesar el puentecillo del canal San-Martín, resbaló... ¡ alguna cáscara de naranja!... y fué á dar de cabeza en la esclusa... Desde entonces no se ha sabido de él.

— ¿ Ha muerto ?

El viejo usurero se frotó las manos.

— Como todos los que han tratado de molestarme. Pero volvamos á nuestros carneros... De modo, que la pequeña Maréchal te ha despedido; pero, ¿ á beneficio de quién? Supongo que no será únicamente por agradar á la vieja duquesa cornuda. ¿ Y entonces?

— Está enamorada de Hiénard.

— ¡ Por vida de!... ¡ Eso no podía faltar, era fatal! Esa grulla joven que tuerce el pico desdeñosamente ante los millones paternos, debía enamorarse de ese pajarraco que quiere absolutamente vivir de su trabajo. Estaban creados el uno para el otro.

— ¿ Qué me aconsejas ?

— ¡ Á buena hora te acuerdas de consultarme, cuando todos los disparates ya están hechos! ¡ Mentecato! Cuando uno quiere casarse con una muchacha como la señorita Maréchal, se empieza por poseerla, de grado ó por fuerza; y después que

se le ha hecho un chiquillo, se habla. Tú quisiste echártelas de hombre galante, tomaste la nobleza por lo serio y has conseguido que te planten en la calle, como un criado. Pero, espérate, que vamos á arreglar todo eso. ¿ Crees que la duquesa es capaz de perdonarte ?

— Si la duquesa estuviese sola, sí; con su hijo, no.

— Estará sola.

— Ten cuidado.

— No te preocupes de nada, no te verás comprometido. Vete al círculo y siéntate en la banca toda la noche. Pierde, si quieres. ¡ Yo me encargo de ganar por ti, y en gordo !

Volvió á abrir la puerta, y precediendo de nuevo al marqués á través de la habitación desmantelada y llena de objetos, gritó con su acento alemán, al pasar junto á su empleado sordo :

— ¡ Y bien ! Schusmaker, ¿ avanza usted en su tarea ?

— Sí, señor Poisse, sí. Dentro de diez minutos he concluido...

Ya en el dintel de la puerta, dijo Poisse bromeando con Prédalgonde :

— ¿ Estarán bien, verdad ? Los dos tarambanas juntos... ¡ Vamos ! Anímate y cuenta conmigo.

Una vez cerrada la puerta, Roger oyó las pisadas vacilantes que se alejaban perdiéndose en el interior

del departamento, y se encontró solo delante de la escalera hedionda y negra.

Después de comer, la señora de Diernstein, rendida por todas las emociones sufridas, se separó de su hijo. Eran las nueve. Hiénard pensó en ir á avisar á Devienne de lo que ocurría, tanto para pedirle un consejo como para tenerle al corriente de todo. Cuando ya había atravesado el jardín del hotel y se disponía á seguir por los Campos-Elíseos, se encontró de pronto con Frégose, que llegaba precipitadamente. El escultor se lanzó sobre su amigo.

— ¡ Qué suerte, haberte encontrado !

— ¿ Me buscabas ?

— Sí, vengo de tu casa. Un criado ha traído de parte de la señorita Maréchal, una carta que debías recibir inmediatamente... Tu ama de llaves envió al muchacho á mi casa. Y yo, ¿ dónde iba á encontrarte?... Sin embargo, cogí la carta y me lancé en busca tuya... No se lo que ocurre, amigo mío, pero me parece que hay serias novedades...

— ¿ Tienes esa carta ?

— Aquí está.

Hiénard se detuvo al pie de un farol, deslacró el billete de Luciana y leyó : « Mi querido aliado : La mina que yo había cargado acaba de estallar. Nuestro hombre se ha confesado hace un momento, y en pago de su traición ha pedido mi mano. Yo no tuve ganas de concedérsela. Preferí despedirle, y sahó

profiriendo terribles amenazas contra usted y contra mí. Por lo que á mí se refiere, no tengo cuidado; pero en cuanto á usted, estoy más intranquila. Adopte usted algunas precauciones; el muy pillo es verdaderamente peligroso, y si le sucediese á usted alguna desgracia, los que le quieren no se consolarían nunca. LUCIANA. *Post-Scriptum*. Se me olvidaba decirle, para su gobierno, que nuestro enemigo no es marqués, ni Prédalgonde; sino, simplemente, Roger Brémont. »

Después de terminar la lectura, Hiénard permaneció pensativo un instante.

— ¡Y bien! — preguntó Frégose que se impacientaba; — ¿es importante?

— Sí, muy importante. Toma, lee.

Alargó el papel á su amigo. Un agente de seguridad que vigilaba cerca del muro Marigny, inquietado por aquel largo conciliábulo sostenido al pie de un farol, se aproximó lentamente.

— ¡Diablo! — dijo el escultor; — ¿qué vas á hacer?

— Irme de aquí, antes de nada, porque á ese polizonte le estamos asustando.

Los dos amigos descendieron por la avenida de los Campos-Eliseos hacia la plaza de la Concordia. Todo estaba desierto y silencioso. De tarde en tarde, un coche ó un ómnibus pasaba proyectando sobre el suelo el reflejo de sus faroles. Pero el largo paseo

de la avenida Gabriel, estaba desierto. La obscuridad envolvía los jardinillos, entre cuyos árboles oscilaban algunas sombras sospechosas. Los dos hombres caminaron á buen paso y sin hablar, hasta la plaza. Allí, cerca de la estación de los coches del círculo, al pie del muro del parque, Frégose dijo:

— ¡Es lástima que te hayas metido en un asunto tan endemoniado como ese! Los artistas no debían ocuparse más que de su trabajo. ¿Has nacido tú para estos enredos? Perderás el tiempo y la tranquilidad...

— Buen Frégose, no he podido obrar de otro modo...

— ¡Ah, ya lo sé!

Dieron la vuelta por la calle Boissy y Anglès, y entraron en el círculo.

— Voy á preguntarle si Devienne está ahí. Espérame, vuelvo en seguida...

Hiénard instaló á su amigo en uno de los locutorios, y atravesó el vestíbulo. Pocos momentos después reapareció con el pintor. Devienne estaba vestido de etiqueta y con corbata blanca. Había comido en el círculo y se preparaba á asistir al sarao. Dió la mano á Frégose con su corrección y frialdad habituales, sacó un cigarrillo de una petaca de plata, lo encendió y tomó asiento.

— ¿Por qué me encierras aquí con Frégose? — preguntó; — ¿qué sucede?

— La situación que ya conoces se aproxima á su

desenlace. El caso es grave. Necesito que me aconsejes y, ¿quién sabe? tal vez, que me ayudes.

— Estoy dispuesto. Explicate.

Delante de sus dos amigos, sin rodeos y con perfecta claridad, refirió Hiénard la atrevida operación ejecutada por la señorita Maréchal para separar irremisiblemente á Prédalgonde de la señora Diernstein. Presentó al joven ejerciendo terribles presiones morales sobre la pobre mujer, á fin de obligarla al matrimonio, explotando sus celos para enloquecerla, amenazándola con una separación si no se resolvía á seguirle, y, finalmente, cayendo en el fondo de la trampa preparada por Luciana, no como un ciego, sino con el secreto pensamiento de triunfar de la duquesa; y, si no podía conseguirlo, abandonarla definitivamente por la hija del senador.

Delante de aquellos dos amigos en quienes tenía tanta confianza como en sí mismo, Juan se explicó sin circunloquios ni restricciones, refiriendo sus inquietudes, sus amarguras. Aun en la hora presente, á pesar de los ultrajes recibidos, y del abandono, no se sentía dueño del pensamiento y del corazón de su madre. Estando él presente, ella consentía en renunciar á lo que amó; pero que Prédalgonde hiciese una demostración de volver á acercarse, y todo podía cambiar instantáneamente. Se olvidarían las buenas resoluciones, los sabios consejos serían desdeñados y en un raptó de locura, la indómita, la incorregible,

era capaz de ceder una vez más al ascendiente del Rey de París.

¿Qué hacer? ¿Qué resolver? Para recibir un consejo de Devienne era para lo que había ido á buscarle al círculo. La última partida estaba empeñada, el resultado sería bueno ó malo según que él jugase hábilmente ó torpemente, y nada podía expresar su angustia, porque en aquellos momentos se trataba de la vida y del honor suyos y de su madre. Devienne le escuchaba gravemente, según su costumbre, reflexionando, porque todo estaba calculado en aquel gran artista que no fiaba nada á lo imprevisto. Frégose, impaciente, se removía en su sillón, haciendo sonar las falanges de sus dedos, presa de una sobreexcitación loca, y ahogaba á duras penas las exclamaciones iracundas que le subían á los labios. Cuando Hiénard concluyó su dolorosa confesión, Devienne se levantó, dió un paseo por el salón, mientras Frégose le seguía inquieto con los ojos, y luego dijo:

— Tenemos frente á nosotros á un petardista del gran mundo, armado de cinismo, enmascarado de impudicia, y del cual es imposible conseguir absolutamente nada que no convenga á sus intereses. He comido, hace un momento, á dos pasos de él.

— ¿Está aquí? — gritó Frégose.

— Está aquí. Había pedido una mesa para él y dos de sus íntimos. Han comido una cena excelente,

con champagne helado, y si hubieses visto á tu hombre, no hubieras dudado de las preocupaciones que le turban : ¿porque tu supondrás que se halla tan agitado como tú?...

— Naturalmente.

— Después de comer se fué al gran salón á charlar y á fumar, con una presencia de ánimo increíble. Por tres veces, ha fingido querer irse á La Ópera, pero sus amigos le han retenido, y se ha quedado galantemente con ellos, contando historias, locuaz, animado, brillante, entre un grupo de camaradas desocupados que le escuchan con la boca abierta...

Todavía estará ahí, lo aseguro.

— ¡Pues bien! la casualidad me lo presenta en un terreno neutral... Nunca, hasta ahora, nos hemos encontrado frente á frente. Siempre le he visto de perfil á ese majo. Ya es tiempo de que nos miremos el blanco de los ojos. Debe haber encontrado mi paciencia demasiado larga. Tú ya sabes, Devienne, de donde provenía mi abnegación. Si sólo se hubiese tratado de mí, hace mucho tiempo que habría abofeteado á ese fantoche. Pero debía abstenerme de todo á causa de mi madre. Hoy, la situación ha cambiado, mi posición no es la misma.

— Es cierto, — interrumpió friamente Devienne — es peor.

Hiénard se estremeció y repuso.

— ¿Cómo así?

— Antes, atacando al señor de Prédalgonde, hubiera parecido que querías censurar á tu madre; ahora parece que pretendes vengarla.

— ¡Rayo de Dios! — rugió Frégose. — Yo, que no desempeño papel ninguno en este enredo, voy á buscar á ese guapetón para romperle los riñones...

Los ojos de Hiénard se arrasaron en lágrimas de dolor y de vergüenza; permaneció helado y tembloroso delante de sus amigos, preso en el lazo de su delicadeza, impotente para defenderse y para castigar.

— No te he dicho tan claramente mi pensamiento, — añadió Devienne, para dejarte en un aprieto insuperable. Sólo he procurado hacerte comprender todas las dificultades de tu empresa. Si te inclinas un poco á la izquierda, pierdes pie; si te vas á la derecha, te atascas. Sólo queda un caminito estrecho que puede conducirte al fin. Ese sendero quiero recorrerlo á tu lado, para evitarte un tropezón, ó para perderme contigo. Creo que dos hombres como nosotros, apoyándose mutuamente, pueden imponerse á la opinión y representar, á despecho de todo, un buen papel. De nada nos serviría tener un pasado de trabajo, de honradez y, digámoslo de una vez, de gloria, si dudásemos en arriscar un poco de él, cuando la necesidad nos obliga á ello. Por consiguiente, vamos á caminar unidos, y voy á explicarte lo que, á mi juicio, será preciso hacer y cómo habrá que hacerlo. Y, amigo

Hiénard, si después de proceder con arreglo á nuestra conciencia, sólo podemos salvarnos rompiéndolo todo... ¡qué diablos, se rompe todo!

— ¡Bravo! — gritó Frégose; — ¡esa es mi opinión!

— Un poco de calma, hijo mío, — dijo Devienne; — si nos aturde usted, nos enredaremos y no es este el momento más oportuno. En suma, me parece indispensable que Prédalgonde se vaya. Mientras que le tengas en París, sobre las narices, no tendrás sosiego para nada. Y aún en el extranjero... Pero, en fin, hay que saber conformarse. Es imposible deterrarle del mundo. Me parece, por tanto, que no hay más recurso que el de ir á buscarle nosotros dos, llamarle aparte y obligarle á irse. Es probable que se resistirá, pero podemos vencerle argumentando bien y con un poco de energía y de habilidad. De todos modos, hay que probar. Mi querido Frégose, yo no le despido, pero nosotros entramos en el círculo, y como usted no es socio...

— No me queda más que coger mis piernas, y las cojo. ¿Pero cómo sabré?

— Vete mañana temprano á mi casa.

— ¿Volverás tarde esta noche?

— No sé.

— Si volviese, ¿te molestaría?

— Eso, á ti.

— Vaya, entonces buenas noches, — dijo Frégose con aire consternado.

Estrechó la mano de sus dos amigos y ya, en el mismo instante de irse, se volvió hacia Hiénard:

— No, mira, no podría dormir sin saber... Subiré á tu casa.

— ¡Pues bien, sube, ya que lo deseas!

Frégose pareció aliviado de un gran peso, y se marchó alegremente. Hiénard y Devienne entraron en el círculo, atravesaron el vestíbulo y el salón de Lectura, y entraron en la sala de recepciones.

Eran las diez y media y las mesas de *bridge* empezaban á ocuparse. El bacarrat faltaba y no había ni treinta personas diseminadas en el vasto salón. Conforme con lo prometido á San-Vicente, Roger no salió del círculo y ya se estaba preparando á entablar una partida de *poker* con sus amigos, cuando una mano se apoyó ligeramente sobre su hombro. Volvióse y se encontró enfrente de Hiénard y Devienne. Prédalgonde saludó con perfecta tranquilidad á los dos hombres que le correspondieron con igual cortesía. Después Devienne dijo:

— Señor marqués, ¿abusaríamos de su amabilidad pidiéndole un rato de conversación?

— ¡Pero cómo, querido maestro! — repuso Roger con enfática deferencia; — estoy á sus órdenes. ¡Con muchísimo placer!

— Es usted muy amable. ¿Tiene usted inconveniente en venir por aquí?...

Le separó de sus amigos y le condujo á un lado,

bajo el arco de columnatas, junto á los espejos.

— Aquí podremos charlar á nuestro gusto.

— ¿El señor es también de la conferencia? — preguntó Prédalgonde indicando á Hiénard.

— El señor, precisamente, es quien desea conreñciar con usted.

— ¡Ah!

Roger se sentó sobre una de las sillas colocadas alrededor una mesa de juego. Devienne y Hiénard hicieron lo mismo. Los tres estaban apoyados sobre la mesa y se miraban. La tranquilidad de Prédalgonde era magnífica; únicamente un pequeño temblor de sus párpados revelaba su emoción. Pero la actitud, la sonrisa, la mirada, el abandono de las manos, todo indicaba una terrible posesión de sí mismo.

— Caballero, — dijo Hiénard con voz alterada, — las palabras que van á mediar entre nosotros, tenían fatalmente que ser pronunciadas. Quizá le haya sorprendido el que yo no me resolviese á decirselas antes, pero crea usted que no he tenido libertad para obrar de otro modo.

— Caballero, — repuso Prédalgonde levantando la cabeza con arrogante altivez, — usted ha hecho lo que ha querido. Esa es siempre mi costumbre y no le censuro á usted.

Hiénard sonrió tristemente.

— Su censura me importa poco. Toda relación entre nuestros actos y sentimientos ha sido impo-

sible hasta ahora. Estamos separados el uno del otro, moral y materialmente, lo más posible. Sin embargo, un lazo terrible nos une, y ese vínculo es el que quiero romper de modo que no pueda volver á formarse nunca. Por eso deseo y espero, por primera y última vez, entenderme con usted. ¿He acertado á explicarme, caballero?

— Perfectamente. Las circunstancias han traído entre una persona, por la cual tiene usted una afectión profunda, y yo, que también siento por ella un tierno agradecimiento, una conjunción de sentimientos que ha podido ser penible para usted. Pero su sufrimiento no ha dependido sólo de mí; no me haga usted, por tanto, responsable único de sus penas. Considere usted, en fin, que la causa de sus disgustos ha cesado, y sepa tomar con un poco de indulgencia y de filosofía esta nueva situación presente que, en último caso, es la mejor que usted podía desear.

¿Cómo expresar el cariño, la dignidad y la melancolía con que Roger recibió aquella explicación? Devienne, que le observaba atentamente, quedó maravillado. Comprendió inmediatamente el valor incontestable de Prédalgonde y la superioridad de aquel joven tan bien dotado. Una vez más y aun á despecho de aquellas miradas hostiles, el Rey de París triunfó, afirmando su soberanía. Hiénard no aplaudió ni criticó; no era un *dilettanti*; quería llegar á un

resultado, todo lo demás le era indiferente y repuso después de un corto silencio :

— Últimamente se habló de una excursión que deseaba usted hacer en su yate. ¿Piensa usted irse pronto?

Roger movió su hermosa cabeza, como diciendo :  
— ¿Qué le puede importar eso á usted?... Y repuso con una evasiva :

— Lo ignoro ; eso dependerá de muchas circunstancias.

— ¿ Esas circunstancias no podrían arreglarse pronto?

Los ojos de Prédalgonde perdieron su movilidad ; su tinte azulado se tornó frío y duro. Empezaba á comprender y, siendo demasiado audaz para evitar el encuentro, repuso :

— ¡ Ah ! eso es lo que le preocupa á usted, ¿ mi partida ?

— Sí. Quisiera que se fuese usted para bien de todo el mundo, y, sin dilación....

— ¿ Sin dilación? ¿ Qué teme usted, pues ?

— Todo lo que un hombre como usted puede conseguir de la locura de una pobre mujer.

Si Hiénard hubiera hablado con firmeza, aquellas palabras hubiesen consituido una ofensa ; pero puso en ellas tal dulzura, que resultaron una súplica ; y Devienne tembló al ver á aquel, cuya indomable entereza conocía, humillarse hasta suplicar al

hombre á quien odiaba. Roger despreció aquella actitud y aquel acento, y repuso más altivo y más mordaz :

— Será preciso, no obstante, que salve mis apariencias.

— No las ponga usted en balanza con su seguridad....

— Usted no creerá, sin embargo, que va á parecer que huyo....

— Sacrifique usted su amor propio, como yo he hecho con el mío....

— Tenga usted la bondad de advertir que la situación no es la misma : usted solicita, yo no ; usted espera mucho de mí, y yo no aguardo nada de usted....

Hiénard palideció y sus manos temblaron, y lanzó un suspiro, como si se ahogase : Devienne, asustado, creyó que debía intervenir é interrumpiendo á su amigo ;

— Caballero, — dijo — le conjuro á usted á ser transigente. Debe usted tener en cuenta, no sólo lo que aquí se le pide, sino también la opinión del público. No haga usted que le juzguen mal en este asunto tan delicado. Todos necesitamos indulgencia ; procuremos merecerla.

— Caballero, si yo tuviese en cuenta todo lo que debo y todo lo que me deben, — repuso Prédalgonde, — es seguro que no saldría alcanzado. Me piden que

proceda con infinita circunspección, cuando nadie la ha empleado conmigo. Estoy al corriente de las intrigas que se han tramado en contra mía y, en suma, ahora sólo me queda el recurso de defenderme.

Hiénard le miró con desprecio soberano y repuso :

— ¡ Contra mujeres !

— Sí ; de todos modos no faltarán caballeros.

Los dos se habían levantado, frente á frente, con los dientes apretados y los ojos relampagueantes de cólera, respirando odio. Devienne intervino de nuevo.

— Les suplico á ustedes calma. Estamos equivocados : no se trata de saber si el señor de Prédalgonde está en el derecho de acusar, ó si el señor Hiénard lo tiene de quejarse. La cuestión es otra, y permitanme ustedes que la explique. El señor Prédalgonde debe irse de viaje, veríamos con gusto que se fuese en seguida ; y esto se le pide con mucha cortesía, como una prueba de buena voluntad que un hombre galante, en ciertas circunstancias, no podría negarse á conceder. No hay nada más, esto es todo, y á esta pregunta concreta nos debemos ceñir. ¿ Quiere el señor de Prédalgonde que le demos tiempo para pensarlo ? No pretendemos cogerle por la garganta.... Pero deberá comprender nuestra legítima impaciencia, para responder.

Roger hizo un ademán resuelto y, volviéndose ligeramente como para separarse de los dos amigos, repuso con acento mordaz :

— Todo está reflexionado y decidido. No sé cuándo me iré ; de todos modos, no me iré hasta que no quiera.

Saludó ligeramente y ya se disponía á irse, cuando Hiénard le retuvo asiéndole fuertemente por un brazo, mientras le decía con una voz que había perdido toda su aparente dulzura :

— ¡ Ah, pues bien ! querido señor, lo siento, pero será preciso que tenga usted en cuenta mi voluntad.

Roger se zafó sin esfuerzo y acercándose á su adversario ;

— ¿ Qué hay ? — dijo.

— ¡ Oh ! esto, sencillamente ; le he rogado á usted hace un momento, que se vaya, porque su estancia aquí me molesta. Pero ahora, es otra cosa : como me estorba usted, le prohibo seguir aquí. ¿ Entiende usted ?

— Quisiera saber con qué derecho me habla usted en esos términos.

— Se lo voy á decir á usted, señor Brémont, que no es usted ni marqués, ni Prédalgonde, ni nada de lo que aparenta ser, sino un aventurero de alto vuelo, sostenido por una pandilla de granujas capitaneada por vuestro seductor tío el falso conde de San-Vicente, que también usa los nombres de Rascol, Panpán, Fillette, Poisse, y quién sabe cuántos más. Hace un momento quise respetar vuestro título

prestado y vuestra personalidad de pacotilla, porque degradarle era ensuciar simultáneamente á todos aquellos á quienes usted se ha acercado y que yo amo. Pero sepa que no ignoro nada de lo que á usted se refiere, que estoy armado contra usted, y que si no aprovecha usted la única ocasión que le doy para salir de París, inmune é intacto, después de todas las mentiras, de todas las supercherías y de todas las grandes y pequeñas maldades por usted cometidas, le doy á usted mi palabra de desenmascararle públicamente, y que desde el salón hago que le arrojen á usted á la calle.

Al oír aquellas terribles palabras, Roger se puso lívido y su mano crispada se agitó con ademán incierto; pero la mirada de Hiénard paralizó su esfuerzo. Dió un paso atrás y repuso apretando los dientes:

— ¡ Me insulta usted !

Juan sonrió.

— ¿ Cree usted que eso sea posible ?

— ¿ Busca usted un lance ?

— ¡ Yo, balirme con usted ! ¿ Pierde usted el sentido ? Á un tipo como usted no se le castiga con una espada, sino con un bastón.

Aquel desprecio acabó con la paciencia de Roger. Al sentirse herido tan violentamente quiso responder, herir, y gritó reuniendo todas sus fuerzas en un crispamiento supremo :

— ¡ Vuestra señora madre era menos orgullosa !....  
Y aun, si yo quisiera...

No pudo concluir. La mano de Hiénard le cruzó la cara, mientras el escultor exclamaba con acento formidable :

— ¿ Ah, será preciso matarle á usted ? ¡ Pues bien, le dispensaré á usted ese honor !

Al ruido, algunos jugadores levantaron la cabeza, pero ya los dos hombres habían sido separados por Devienne. Temblando de rabia impotente, pero seguro de vengarse, Roger recobró su aspecto habitual. Levantó la cabeza y preguntó procurando salvar las apariencias en aquel naufragio de su personalidad :

— ¿ Dónde encontrarán mis amigos á los de usted ?

Hiénard señaló á su amigo.

— El señor Devienne se lo dirá.

Y cogiéndose al brazo del pintor atravesó la sala y entró en un saloncito desierto. Allí empezó á caminar á lentos pasos y con aire resuelto :

— Todo está dicho. Lo inevitable ocurre siempre, á pesar de los esfuerzos que hace uno para prevenirlo ó para evitarlo. No debemos sentir lo ocurrido; ese hombre me odia y yo le odio; era preciso que uno de los dos acabase con el otro. Mañana todo quedará arreglado. Ten la amabilidad de irle á buscar y de entenderte con sus amigos. Frégose

me acompañará contigo; esta noche se lo diré.

— Eso se comprende, — repuso Devienne; — ¿tienes que hacerme alguna advertencia relativa á las condiciones?

— Ninguna; ese derecho corresponde al ofendido.

Y sonrió irónicamente.

— ¿Y el ofendido, no es cierto, es el señor Prédalgonde? Que elija, pues, día y armas.

— ¡ Oh ! no me apuro por tí. ¿ Has seguido tirando?

— Muy bien; él también. Debe de tener mi misma fuerza á la espada, y á la pistola, allá nos iremos. Pero yo tengo un gran sostén en mi juego, Devienne, y es mi conciencia; y eso, querido, da firmeza al brazo. Ea, te dejo. Mañana temprano irás á decirme lo que se haya acordado. Te esperaré con Frégose, dispuesto á lo que sea.

— Entonces, buenas noches.

Se dieron la mano y Juan salió. Subió en un coche del círculo, pues eran más de las once, y se hizo conducir á Montmartre. Descendió delante de la pequeña verja de la calle de los Rosales, atravesó el jardín y abrió la puerta con un llavín. Entró en su estudio, encendió la lámpara y vió que eran las doce menos cuarto. El fuego ardía aún en la chimenea y la temperatura era agradable. No tenía sueño, se sentó, encendió un cigarrillo y pensó en todo cuanto

le sucedía. Conclusión lógica de una situación anormal. Desde el primer día le dijo á su madre: el señor de Prédalgonde ó yo; ella no pudo resolverse á sacrificar el amante al hijo, y ahora la suerte de las armas iba á dirimir la cuestión entre ellos. ¡ Terrible desenlace novelesco para aquella pobre mujer que amaba tiernamente á los dos seres que iban á reñir, horrible castigo si el muerto era el hijo, y remordimiento eterno si era el otro !

Después el pensamiento de Juan se fijó en Luciana, que tan fielmente había cumplido su promesa de ayudarle en la empresa, y que con tanta habilidad consiguió separar momentáneamente á Prédalgonde de la duquesa. Para un espíritu menos prevenido, ¿ aquella separación no hubiese sido la prueba más concluyente de la venalidad de Roger? ¿ Cómo, al verse abandonada tan repentinamente, no comprendía que él sólo procuraba una especulación matrimonial? ¡ Dar millones por amor, para dorar con ellos el trono del Rey de París!... Y con una astucia diabólica la joven había obligado al cínico aventurero á descubrir su juego, sorprendiéndole en flagrante delito de traición. Era por él, Juan, por ayudarle y defenderle, por lo que ella se comprometió resueltamente en aquella lucha contra un bandido cuyo temible poder conocía.

La figura de la esbelta hija del senador, con sus ojos inteligentes y su boca burlesca, se evocó en sus

recuerdos, sonriéndole como á una amiga. La duquesa había dicho : ¿ Te amaré esa extraña Luciana ? La joven había rechazado á todos sus pretendientes y desvanecido todas las esperanzas ; ¿ tendría acaso el proyecto de buscar á aquel que, tan intratable, desdeñoso y sencillo como ella, reservaba su libertad, escogía sus afecciones y despreciaba la riqueza ?

El cigarrillo apagado cayó de sus dedos y Juan permaneció sentado en el sillón, sumido en un ensueño. Un pequeño ruido que resonó en el piso bajo de la casa, le sacó de su agradable somnolencia. Prestó atención. Unas pisadas en la escalera, leves, como si se deslizasen y que se detenían en cada escalón, le obligaron á ponerse de pie con una ligera inquietud.

Pero en seguida se tranquilizó : — Es Fregose, — pensó — tiene la llave. No puede ser más que él y, sin embargo, ¿ por qué tomará tantas precauciones para subir, cuando quiere hablarme y tendría que despertarme si yo estuviese dormido ? En el silencio de la noche el reloj dió las doce y el ruido cesó. Hiénard era valiente, pero un ligero trasudor le humedeció la espalda, y miró en torno suyo, como buscando una arma. La luna brillaba en el cielo iluminando los cristales del estudio. Se acercó á la ventana y miró hacia afuera.

El jardín estaba desierto. Tuvo idea de abrir y de llamar. Pero un arrebató de energía le reanimó y

avergonzado de su debilidad se dirigió hacia su cuarto para coger un revólver que tenía en la mesa. Mas no tuvo tiempo de abrir la puerta, porque ésta se abrió silenciosamente y apareció un hombre que llevaba una linterna en la mano. Detrás de aquel hombre iban otros dos. Hiénard recobró su brío, lanzó un grito de rabia y se precipitó sobre ellos. Los dos hombres le salieron al encuentro ; el escultor sintió que un peso formidable chocaba contra su cabeza y cayó al suelo.

Cuando recobró el conocimiento se hallaba tendido sobre su cama, atado perfectamente. El hombre de la linterna estaba sentado en una silla y le miraba ; los otros dos esperaban cerca de la puerta.

— ¡ Hola, maestro Hiénard ! — dijo el primero ; — también hemos querido echárnoslas de fanfarrón pero ahora, ya somos juiciosos y lo seremos más dentro de un rato.

El acento con que fueron dichas aquellas palabras, estremeció á Hiénard. Le auguraban la muerte. Hizo un esfuerzo desesperado para levantarse y se retorció furioso entre sus ligaduras gritando :

— ¡ Son ustedes unos bandidos !

— Sí, querido maestro, — repuso el otro fríamente. No tenemos razón ninguna para negarlo dada la situación á que han llegado las cosas. Usted ha cometido la imprudencia de mezclarse en lo que no le importaba, y va usted á saber lo que eso cuesta.